

Con A. G. En Albuquerque

*La palabra fue dicha para siempre*  
Ángel González

Es un hombre cabal  
que a las cosas las nombra por su alma.

Vedle cruzando los caminos,  
repartiendo palabras,  
bautizando desiertos donde la historia un día  
se deshizo sin esperanza.  
Aquí la sangre de los españoles  
avivó hogueras y empapó mortajas,  
fue tierra de dolor sobre la tierra  
al cabo desangrada.  
Pájaros y alacranes se escondían  
entre vencidos restos de corazas,  
y los huesos al sol fueron despojos  
de una soberbia descarnada.

Furiosamente se escribió la historia  
en esta tierra árida,  
y los caballos de los capitanes  
iban haciendo voz lo que pisaban.  
Y en esas voces, con el tiempo auestas,  
nos han unido las palabras.

La historia es ese cuento de los libros,  
esa asumida farsa  
que escribe nombres de héroes  
sobre el mapa irreal de una pizarra,  
para que los muchachos en la escuela  
ya puedan olvidarla.

Es un hombre cabal, que quedamente  
nombra a las cosas por su alma.

Una guerra entre hermanos  
desterró la alegría de su infancia,  
sangre suya corrió sobre las losas  
de su mañana,  
y ya nada fue igual porque las guerras  
matan también las vidas que no matan.

Era un niño callado que ya entonces  
quiso entender las cosas por su alma.

Puso nombre a las penas  
y las penas se hicieron árboles y montañas,  
duros inviernos, pan escaso y sueños.



Una edad golpeada.

Y un día un manantial nació en su pecho  
como en las crestas nace el agua,  
y el dolor se hizo verso,  
sangró en verso palabras abrasadas,  
y así, sencillamente, conocimos  
el sabor de sus lágrimas.

Pasó el tiempo acerado contra el tiempo,  
roto espejo sobre la espalda.

A todo amor el verso fue caricia,  
piel contra piel, mar desbordado, llama.  
Hermosamente el tiempo se medía  
en el pliegue mortal de las almohadas.  
Amor, amor: un niño que regresa.  
Carne, tierra, certezas y nostalgias.

El hombre ya, con las respuestas ciertas,  
bautizaba a las cosas por su alma.

Vedle aquí, en Albuquerque,  
con la mirada clara,  
andando los desiertos,  
repartiendo palabras.  
Sabe dónde se cena a medianoche,  
dónde las copas son más largas,  
en qué lugar se fuma sin problemas,  
dónde no tiene fin la madrugada.  
Ha trastocado el tiempo en Nuevo México  
con relojes de España.

Es un hombre cabal que entre dos mundos  
 nombra a las cosas por su alma.

Y donde Billy el Niño desenfundó el revólver  
él desenfunda la palabra.

(Marzo, 2005)

